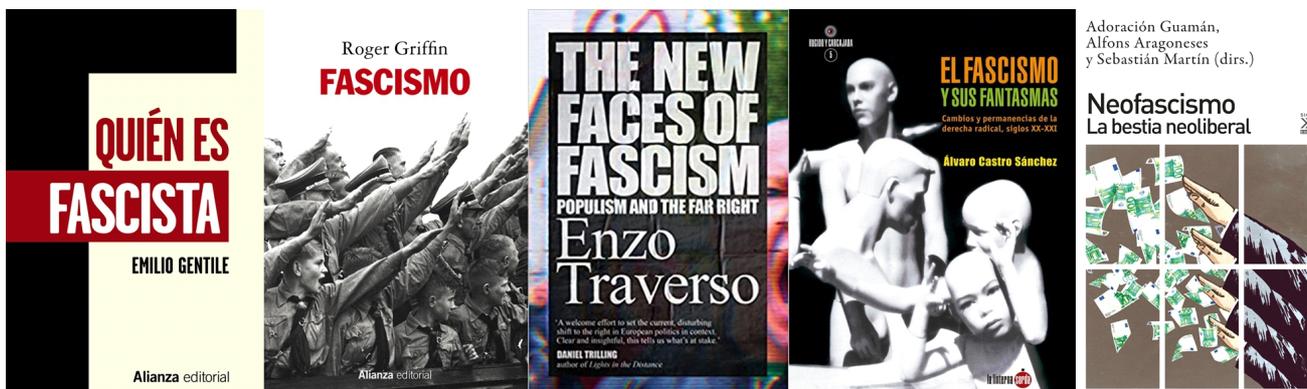


Los contornos de la bestia. Estado actual de los debates en torno a la caracterización del fascismo¹

Juan CASTILLO ROJAS-MARCOS

Universidad Pablo de Olavide, España

juancastillorm@gmail.com



1. Introducción: ¿qué es el fascismo?

Los muchos éxitos cosechados por organizaciones xenófobas, antifeministas y autoritarias en todo el globo han marcado la política mundial durante los últimos años. Este orden de cosas tiene a buena parte de la academia y de la opinión pública en tensión ante el peligro de la vuelta del fascismo. No obstante, esa caracterización de los reaccionarios actuales como fascistas no deja de ser controvertida. Y el debate público sobre si los regímenes de Orban y Erdogan, el partido de Abascal o las presidencias de Trump y Bolsonaro son fascistas, reaviva otro debate social y académico más abstracto y más antiguo: el de ¿qué es el fascismo? ¿Qué es ser fascista? ¿Cuáles son los rasgos que diferencian al fascismo de otros nacionalismos autoritarios y conservadores? En este breve ensayo me propongo comprobar en qué punto está actualmente el debate académico en torno a esta cuestión. A este fin, voy a analizar qué caracterización del fascismo aparece en cinco libros recientes, escritos precisamente al calor de este creciente interés público por el problema.

¹ Este ensayo bibliográfico se ha elaborado a partir de la reseña de las obras *¿Quién es fascista?* de Emilio Gentile (2019, Alianza), *Fascismo* de Roger Griffin (2019, Alianza), *The New Faces of Fascism* de Enzo Traverso (2019, Verso), *El fascismo y sus fantasmas* de Álvaro Castro Sánchez (2019, La linterna Sorda), y el libro colectivo *Neofascismo. La bestia neoliberal* dirigido por Adoración Guamán, Sebastián Martín y Alfons Aragoneses (2019, Siglo XXI).

1.1. Marxistas y liberales: dos escuelas de estudio del fascismo

Hace décadas que el grueso de los estudios sobre el fascismo se agrupa en dos grandes escuelas teórico-metodológicas. Podemos llamarlas la escuela liberal-empática y la escuela de herencia marxista. Es importante tener presente sus diferencias, si se han de contextualizar y sopesar correctamente los aportes de las obras aquí analizadas². Se distinguen, primero, por sus posiciones ideológicas: la escuela de herencia marxista la integran estudiosos vinculados a la izquierda obrera, mientras que la escuela empática está formada sobre todo por autores que también son críticos con el fascismo, pero desde planteamientos centristas y/o liberales. En cuanto a sus orígenes, encontramos que la marxista es la más antigua de las dos. La vemos emerger ya en textos de intelectuales del Partido Comunista Italiano, durante las primeras andaduras del régimen de Mussolini, primer fascismo de la historia³. Sus características son principalmente dos: por un lado, prima el análisis de clase. El fascismo, entonces, es ante todo el régimen militarizado y brutal al que recurren los capitalistas cuando las herramientas de su democracia liberal no bastan para defenderse de la clase obrera. Por otro lado, usan la etiqueta fascista de forma elástica. Para los autores de esta escuela, ha habido infinidad de regímenes y movimientos fascistas en el último siglo, de los cuales los que se autopercebían como fascistas son una parte minúscula. Esos dos rasgos muestran gran coherencia interna: si lo que distingue al fascismo es la reacción violenta anti-socialista, la lista de momentos fascistas se estira hasta hacerse casi infinita. Como ejemplo claro y bien conocido de este problema: los autores de esta escuela (y sus organizaciones políticas de referencia) consideraron durante una década a la socialdemocracia reformista mayoritaria de entreguerras como una corriente (social)fascista. Ese se ha señalado como el principal límite del enfoque: si todo es fascista, nada lo es. Y dada la larga y honda huella dejada por el fascismo en la historia europea y mundial, no parece aconsejable quedarnos sin herramientas teóricas útiles para pensar sus formas específicas de ejercer poder.

La escuela liberal-empática aparece en los años setenta y ochenta. Algunos historiadores jóvenes estaban descontentos con esa laxitud y economicismo de la escuela marxista. Pero tampoco les satisfacían el carácter disperso e incoherente y los pobres resultados de los intentos de comprender el fascismo realizados hasta la fecha por autores liberales y conservadores. Por eso, desean un modelo, ante todo, coherente, de contor-

2 Un mapeo especialmente claro y explícito de los presupuestos originales de estas dos escuelas, así como de sus últimos desarrollos, se encuentra en el Vol.11 Issue 4 de 2012 de la *European Journal of Political Theory*, dedicado por completo a buscar puntos de encuentro entre ambas escuelas, y titulado *The Fascist Revolution: Utopia or Façade? Reconciling Marxist and non-Marxist Approaches*. La descripción superficial de ambas escuelas que a continuación esbozo se basa, en parte, en ese número de la EJPT. Y en parte en dos revisiones críticas de cada una de esas escuelas: la que Roger Griffin (2019) hace de la escuela de herencia marxista, y la que Enzo Traverso (2019) hace de la liberal-empática.

3 Se hace por ejemplo mención de varios de estos análisis tempranos en Gentile (2019). También, en Clavería Laguarda (2019) encontramos una recopilación de ensayos sobre el fascismo escritos Antonio Gramsci ya en esos primeros años.

nos claros y estrictos, y no economicista. Lo logran acudiendo a las palabras de los propios fascistas históricos⁴. Se eligen fuentes de indudable pedigrí fascista (personajes históricos nazis y mussolinianos, sobre todo), se comprueba qué pensaban, o decían pensar, sobre sí mismos, y se concluye: eso y nada más es el fascismo. Así, el fascismo es definido como un proyecto político revolucionario ultranacionalista, que aspira a tumbar la democracia liberal para depurar la patria de elementos contaminantes (minorías, opositores, etc.) y crear una sociedad, un Estado y un hombre nuevos, que realicen plenamente el carácter de la nación. Este enfoque ha permitido una comprensión rica y compleja de aspectos (culturales, ideológicos, discursivos, rituales...) previamente poco explorados del fenómeno fascista. Pero también tiene límites claros: se cartografía al fascismo sólo a partir de su autorrepresentación ideológica. Desatendiendo, por ejemplo, su composición social y la de sus apoyos externos, o las causas históricas de su aparición, auge y caída, que no tienen por qué ser bien percibidas por los contemporáneos. Así como sus formas de, tomados los puestos de mando, gestionar la economía, ejercer poder, o transformar sociológicamente sus países, en la medida en que pudieran hacerlo. Además, su definición de fascismo resulta demasiado estrecha: tras 1945 no habría existido ningún fascismo más allá de grupúsculos irrelevantes, y aun en el período de entreguerras no encontramos más de dos o tres regímenes dignos de ese nombre. En ese sentido el problema parece el opuesto del planteado por la escuela marxista: excesiva rigidez conceptual ahora, frente a la excesiva elasticidad de antes. Pero paradójicamente el resultado es similar: una categoría teórica, la de fascismo, ineludible para pensar la realidad política actual y reciente, pierde buena parte de su operatividad como herramienta de análisis.

Así definidas las dos tradiciones, dos de los cinco libros que analizo aquí se encuadrarían en la liberal-empática: *¿Quién es fascista?*, de Emilio Gentile (2019), y *Fascismo*, de Roger Griffin (2018). Servirán bien para tomarle el pulso a esa escuela, pues Griffin y Gentile son dos de los autores principales de la misma. Las otras tres obras se vinculan a la escuela de herencia marxista: *The New Faces of Fascism*, de Enzo Traverso (2019), *El fascismo y sus fantasmas*, de Álvaro Castro Sánchez (2019), y el libro colectivo *Neofascismo. La bestia neoliberal* (2019). Comenzaré revisando las dos de la escuela liberal-empática, y más abajo me centraré en las de herencia marxista.

2. Textos liberal-empáticos

2.1. Emilio Gentile, *¿Quién es fascista?*

Emilio Gentile, uno de los principales estudiosos actuales del fascismo y de los promotores originales de la escuela liberal-empática, no escribió, sin embargo, su obra *¿Quién es fascista* para un público académico. Es un libro escrito en estilo sencillo, pensado para intervenir en el debate público. Pues le preocupa mucho la excesiva facilidad con que, a

⁴ Por eso llaman *empática* a su propia metodología: trabajan intentando ponerse en la piel de sus objetos de estudio, es decir, los fascistas (Griffin, 2018).

su juicio, se llama fascistas a las nuevas derechas radicales. Defiende que esa confusión se explica por la "ahistoriología" que practican los malos historiadores y los fascistológos amateur, basada en un uso arbitrario de analogías superficiales, con las que uno podría convencerse de que Salvini y Abascal son fascistas, o de cualquier cosa que uno se proponga (Gentile, 2019). Según su argumento, ver fascistas por todas partes, por un lado, nos hace no entender los verdaderos enemigos que cercan hoy a la democracia y las libertades. Y además, sería mancillar la memoria del antifascismo de 1945, porque implicaría que esos luchadores no le ganaron la guerra al fascismo, sino sólo una batalla sin mayor importancia histórica.

En esta obra vamos encontrando que, de acuerdo a su autor, la única forma de establecer qué es el fascismo sería acudir al "fascismo histórico" (Gentile, 2019: 28). Así, construye su libro como un diálogo socrático en que un interlocutor sin nombre, convencido de que el fascismo está regresando, va planteando argumentos y preguntas, que Gentile desmonta con paciencia. Lleva de la mano a su interlocutor fantasma y al lector, guiándonos a través de un recorrido por la evolución ideológica y discursiva del fascismo mussoliniano (el único régimen en rigor fascista, según él). Se asegura de ir destacando los contrastes ideológicos entre, por un lado, la ideología del fascismo italiano en sus distintas fases, y por otro, las derechas radicales actuales. Y apoyándose en esas diferencias, concluye que no existe, hoy, ningún peligro fascista, sino otros populismos que habrá que analizar en sus propios términos. De Vox y Abascal dice por ejemplo que, viendo sus posturas respecto del aborto, la inmigración o la memoria histórica, son la clásica "extrema derecha nacionalista católica" (Gentile, 2019: 26), pero que nada tienen que ver con el fascismo histórico. Vemos, entonces, que con esta obra Gentile da una muestra ejemplar de cómo su escuela enfoca el estudio y la caracterización del fascismo. No hace sino poner su arsenal teórico a funcionar en el contexto particular de los actuales debates sobre el posible regreso fascista.

2.2. Roger Griffin, *Fascismo*

Otro autor ineludible de la escuela liberal-empática es Roger Griffin. Su obra *Fascismo* está pensada más como iniciación en los estudios sobre el fascismo para jóvenes investigadores. Como tal, disecciona todo lo que, a su juicio, necesita saber quién se adentre en esta subdisciplina. Comienza por una revisión de los enfoques según él superados (el marxista, y los intentos erráticos de los primeros estudiosos liberales del fascismo), reconociendo sus aportes pero subrayando sus inoperancias (Griffin, 2018). Continúa después ofreciendo una definición a su juicio funcional del fascismo, útil para apoyar en ella el trabajo investigador. Y después profundiza en el análisis de los distintos aspectos del fascismo así definido. Interesa, por tanto, centrarnos sobre todo en cuál es esa definición del fascismo que el autor sí da por buena. Comienza Griffin (2018: 59) aclarando que su método, que recomienda a sus jóvenes lectores, consiste en "aplicar metodológicamente la empatía para «adentrarse en la comprensión de sí mismos de los fascistas»

(Mosse, 1999: xi), con el fin de resolver los enmarañados interrogantes definitorios que plantea el fascismo”.

El tipo ideal al que así llega es el siguiente: el fascismo es un “ultranacionalismo populista palingenésico” (Griffin, 2018: 70). *Ultranacionalismo* porque el fascismo no defiende la nación sin más, sino la ultra-nación: una idea de nación basada en algún rasgo racial o étnico ancestral, convertida en ente místico en que los individuos se disuelven y subliman. Con lo que sus intereses deben defenderse a cualquier precio, mucho más allá de lo que es compatible con los límites de una democracia liberal. Y con *palingenésico* se refiere a la voluntad utópica y revolucionaria de renacimiento colectivo, de arrasar el presente para fundar un orden y un ser humano nuevos, que expresen de forma directa y pura el carácter de esa ultra-nación. Insiste mucho en esto: el fascismo no es una ideología conservadora en el sentido de querer volver a un pasado perdido, sino que es revolucionaria, sus energías y deseos están orientados hacia el futuro. No hacia el abandono del progreso y la modernidad, sino hacia su sublimación en una modernidad alternativa, basada en la construcción de un mundo (y un ser humano) distinto a todos los que hasta ahora han existido.

Una vez que ha establecido esa definición en base a términos ideológicos, pasa revista a las distintas variantes del fascismo europeo de entreguerras, comparándolos según diferencias ideológicas o culturales: los diversos mitos de la ultra-nación de que se dotó históricamente cada fascismo; sus discursos sobre los géneros y las relaciones entre ellos; o también los estilos artísticos y arquitectónicos que cada uno de esos movimientos y regímenes promovió. Incluso en las páginas en que los compara en función de sus políticas económicas, lo que compara son las *definiciones oficiales* que cada régimen daba a su política económica, más que las maneras en que esas políticas acabaron siendo aplicadas en la práctica.

Por último, vale la pena destacar un elemento quizá inesperado para un autor liberal-empático: dedica un capítulo a discutir la posibilidad de la existencia del neofascismo. La respuesta que da es a dos niveles. Por un lado, defiende que sí existe cierto neofascismo, en el sentido de grupos actuales que encajan en su definición de fascistas y que han desarrollado nuevas formas de funcionar en un mundo marcado por la derrota de su proyecto. Pero señala que no pasan de ser grupúsculos aislados, de pocos miles de integrantes, preocupantes quizá por su capacidad para producir estallidos puntuales de violencia terrorista, pero incapaces de intervenir en la política de sus países. Por otra parte, destaca la existencia de partidos con relevancia política en Grecia, Ucrania, Hungría y Eslovaquia con retórica y estética que recuerdan al fascismo. Niega que Svoboda y Sector de Derecha en Ucrania y el Jobbik húngaro sean realmente fascistas, mientras que el Amanecer Dorado griego y el Partido Popular Nuestra Eslovaquia sí podrían serlo en términos ideológicos. Pero Griffin no ve que supongan un peligro para la democracia en sus

países, porque o bien han aceptado el sistema democrático, o bien, en cuanto se salen de la legalidad, pierden apoyos y dejan de ser una amenaza.

3. Textos de herencia marxista

3.1. Neofascismo. La bestia neoliberal

El nombre de esta obra ya habla de la relación que sus autores perciben entre fascismo y capitalismo, rasgo distintivo de los estudios de herencia marxista. Se trata de un libro colectivo, que recopila escritos de diversas disciplinas tratando de analizar el fascismo histórico y el actual. Los coordinadores Guamán, Aragoneses y Martín (2019: 15) ponen el tono general en su Introducción al decir que "liberalismo económico y fascismo político, frente a la tergiversación inducida durante décadas de corrección teórica demoliberal, terminan reclamándose mutuamente". O sea: sí, las nuevas ultraderechas son fascistas, y no, el fascismo no es revolucionario, es una prolongación del *status-quo* capitalista por otros medios. No obstante, los análisis recogidos en el libro no reproducen el determinismo simple atribuido a la tradición marxista. Por ejemplo, en el capítulo *¿Fue el fascismo un reacción anticapitalista?*, de Polo Blanco (2019), sobre las políticas económicas del fascismo histórico, defiende que es un error definir el fascismo como un instrumento creado por los capitalistas para defender sus intereses. Y que más bien hay que pensarlo como un movimiento autónomo, que seguía sus propias lógicas. Pero que no obstante, sí se dio casi sin excepción una alianza o simbiosis entre capitalistas y fascistas, mutuamente beneficiosa. En torno a la excesiva elasticidad conceptual, destacan los matices que introduce María José Fariñas en su *Supremacismo y fascismo*, sobre el vaciamiento de las democracias vía lawfare. Los regímenes así producidos tendrían semejanzas con el fascismo histórico, pero se trataría de un fascismo nuevo: "fascismo capitalista ultracompetitivo", (Fariñas, 2019: 107) con lo que conviene no exagerar ni dar por hecho las continuidades entre ese fascismo nuevo y el clásico, para no "desenfocar la raíz de los problemas actuales". Esto es, la apuesta de las élites por viciar la democracia desde dentro, para dejar de estar sujetos a la ley o a la soberanía popular sin producir un cambio formal de régimen: "el neoliberalismo está triunfando sobre el liberalismo" (Fariñas, 2019: 117).

Así, en muchos capítulos vemos análisis finos y útiles, que han sido posibles porque los y las autoras piensan y trabajan cruzando los límites más rígidos de la escuela de herencia marxista, sin renunciar a sus principios de fondo. Entre esos análisis destaca el que Polo Blanco (2019) desarrolla, cuando continúa su texto con la idea de que el fascismo basaba su economía política en una transferencia de su concepción jerárquico-autoritaria general de la sociedad al campo de la economía. Sin tener eso en cuenta, el discurso común del fascismo como régimen de economía estatista no logra explicar las medidas liberales que siempre aprobó, como privatizaciones, bajada de impuestos a las rentas altas, o la concesión de autoridad total dentro de la empresa al capitalista. Al fascismo no le incomodaba intervenir algunas facetas de la vida económica y privatizar otras,

porque su programa no iba de la disputa mercado/Estado, iba de usar el mercado y el Estado para asegurar el poder absoluto del burgués sobre el obrero.

Por su parte, Clara Ramas San Miguel destaca la diversidad en las actuales extremas derechas. Propone hacer inteligible esa variedad a través de dos etiquetas: neoliberales autoritarios y social-identitarios. Los primeros (Trump, Bolsonaro, Vox) actualizarían, en una forma más autoritaria, la tradición neoconservadora: "neoliberalismo económico, autoritarismo social, y reaccionarismo moral" (Ramas San Miguel, 2019: 77). Los social-identitarios (Le Pen, Salvini) engarzarían con corrientes más antiguas de reacción anti-moderna europea, y se muestran por tanto como antiliberales, también en lo económico, defendiendo cierta protección social a los nacionales, y disputando el espacio sociolectoral de la izquierda (como Fernández Vázquez, 2019a, 2019b, ha estudiado para el caso del FN francés). Así, pueden presentarse como defensores de "los perdedores de la globalización" (Ramas San Miguel, 2019: 80-81), y ofrecerles un horizonte para salvarse a coste de los no nacionales, y dejando atrás el liberalismo político y el progresismo cultural. También, esta autora recupera una interpretación del fascismo diferente a la marxista: la idea polanyiana del fascismo como reacción (fallida) de la sociedad contra un mercado que, independizado de la vida social, pretende engullirla y dominarla por completo (Ramas San Miguel, 2019). La inclusión de esa visión en un libro como éste sugiere la posibilidad de pensar el fascismo como un fenómeno político no unívoco, capaz de integrar pulsiones diferentes de distintos actores sociales en un mismo proyecto. Lo cual a su vez da cuenta de la riqueza y complejidad que son capaces de producir los actuales análisis de herencia marxista.

3.2. Enzo Traverso, *The New Faces of Fascism*

Por su parte, en *The New Faces of Fascism* encontramos una recopilación de seis textos del historiador Enzo Traverso, dedicados a distintos aspectos del fascismo y su estudio: desde el contraste entre fascismo y estalinismo (y la consecuente validez mayor o menor del término totalitarismo), hasta la evolución entre el fascismo clásico y las ultraderechas actuales, entre otros temas. Así, sin pretensión de exhaustividad, ofrece una buena instantánea de algunos debates teóricos actuales entre los estudiosos del fascismo. Sus páginas ofrecen algunas ideas de lo más provechosas que me gustaría resaltar. Primero, se encarga de recordar el papel central de la violencia estatal sistemática en todas las experiencias fascistas. A diferencia de otros regímenes represivos, la violencia fascista no es errática, ni responde a perturbaciones políticas puntuales: es constante y sistemática, meticulosamente diseñada, utilizando las más avanzadas técnicas de producción industrial, para producir muerte a escala masiva (Traverso, 2019). Otra idea: cuestionar la novedad radical que en teoría supone el fascismo. El racismo biologicista, el uso de la racionalidad técnica en la violencia estatal, el nacionalismo expansionista, la represión en socorro del capital en los conflictos laborales... El fascismo histórico los lleva a sus últimas consecuencias, y reestructura la sociedad y el Estado para convertir esos

elementos en las bases de un nuevo régimen. Pero no los inventa: todo eso estaba ya en los regímenes más o menos liberales de Europa, y/o en la maquinaria represiva desplegada en sus colonias. Aquí, por cierto, coincide con el capítulo de Alfons Aragoneses (2019) en el libro anterior.

Por último, el fértil concepto de *postfascismo*. A pesar de lo manido de generar neologismos añadiendo el prefijo *post*, lo cierto es que con este término Traverso da una solución al problema que surge al analizar las extremas derechas actuales: resulta tan apresurado y poco convincente llamarlas fascistas sin más, como negar que tengan nada que ver con el fascismo. El término postfascismo se hace cargo de esa ambivalencia. Designa a un movimiento de orígenes y/o inspiración fascista, pero que, huyendo del rechazo social a esa ideología, ha ido haciendo concesiones tácticas al sentido común demoliberal, que a la larga lo han ido transformando *realmente* en otro tipo de proyecto político. Ya no es en puridad fascista, su mutación es demasiado sustancial, y sin embargo, las perseverancias fascistas siguen condicionándolo, orientándolo. El postfascismo por excelencia es el FN-RN francés: Le Pen se muestra capaz de torsiones como defender la República y el legado de De Gaulle, siempre que sea para protegerlos de los nuevos valores degenerados del 68 y la izquierda. Como defender cierta libertad sexual, e incluso derechos de las mujeres, para estigmatizar a minorías percibidas como conservadoras en esos temas. Incluso como renunciar al racismo biologicista, para hacer más tragable la xenofobia religiosa o cultural. Postfascismo, entonces, sirve para referirnos a un proyecto político integrado en la legalidad institucional, y que se va acercando a postulados políticos democráticos, pero sólo como forma de rescatar todo lo rescatable del proyecto fascista original.

3.3. Álvaro Castro Sánchez, *El fascismo y sus fantasmas*

A Castro Sánchez, como a los liberal-empáticos, le preocupa la facilidad con que se llama fascista a ciertos proyectos actuales. También afirma que estudiar las ideas, valores y componentes afectivos del fascismo resulta hoy "tan imprescindible como la perspectiva materialista adoptada por el marxismo" (Castro Sánchez, 2019: 32). Y dedica parte de su libro a discutir los aportes de los autores liberales, y de otros difíciles de encuadrar. No obstante, la cartografía del fascismo que propone no es mucho más herética que las de las dos obras recién comentadas. Esto lo vemos en algunos de los argumentos que introduce en la primera parte del libro, *La reacción fascista (1918-1945)*, dedicada precisamente a caracterizar a distintos niveles (histórico, teórico, psicoanalítico, etc.) al fascismo histórico. Por un lado, se hace eco de la fórmula, presente desde el inicio en algunos marxistas (por ejemplo en Gramsci, [1924] 2019a, [1926] 2019b), del fascismo como movimiento de la pequeña burguesía y/o de las clases medias, impulsada por su odio a la clase obrera tanto como por su miedo a desaparecer ante el gran capital. Tampoco niega que el fascismo fuese, entre otras cosas, una reacción antisocialista, aunque sí rechaza que fuese sólo eso. Se hace eco, además, de la promiscuidad del

fascismo en sus alianzas, su tendencia a coaligarse y fusionarse con otras corrientes reaccionarias. Rescata además la idea del fascismo como rearticulador de formas de gobierno preexistentes, extraídas de la modernidad liberal, más que como ruptura total frente a ésta.

El nombre de la segunda parte, *Genealogía del postfascismo (1945-2020)*, ya indica cómo propone resolver su preocupación por el uso excesivo de la etiqueta fascista: acudiendo al *postfascismo* de Traverso. Además, usa *neofascismo* para pensar otro paso intermedio entre ese postfascismo y el fascismo clásico. Neofascistas serían los proyectos que han hecho ciertas concesiones para adaptarse al mundo posterior a 1945, y sobre todo que en la práctica aceptan la democracia procedimental como vía para lograr sus objetivos, pero que no han roto lazos simbólicos con el fascismo. Esto es: neofascista sería el movimiento que se comporta como un partido democrático (se centra en la vía electoral, renuncia a las milicias, cogobierna con fuerzas del establishment) pero se reivindica fascista, y defiende una implantación gradual del fascismo. El postfascismo implicaría una ruptura más profunda con la matriz fascista original: conserva buena parte de su núcleo ideológico, pero reniega oficialmente de todo vínculo con el fascismo, y emplea discursos novedosos, muy impregnados de los del status quo demoliberal, o incluso de la izquierda.

Dentro de esa segunda parte, los dos últimos capítulos analizan las extremas derechas actuales, el penúltimo describiendo su desarrollo histórico más inmediato, y el último dándoles sentido en función del contexto político general en que se enmarcan. Aquí, a efectos de la caracterización de los fascismos, resulta interesante que Castro Sánchez señale que el postfascismo no sólo abraza la democracia procedimental, sino que a la vez, cuando gobierna, la vacía de contenido, produciendo las llamadas democracias liberales, como la Hungría de Orban. No se limita a aceptar pasivamente la democracia como algo dado, sino que genera una democracia suya, que va prescindiendo de los derechos y garantías del liberalismo político aunque mantenga las elecciones, los parlamentos o el multipartidismo. Menos interesante es que insista en señalar la irracionalidad como elemento distintivo de la familia política fascista⁵: como estrategia para desacreditar al fascismo, establece una dicotomía falaz entre discursos racionales, aquellos que se expresan sobriamente y están en contacto con una supuesta verdad política objetiva, y discursos irracionales, que expresan emociones y/o lo que se define como espiritualidad, y siguen lógicas distintas de las del autor. Se puede (y debe) denunciar cómo el fascismo construye relatos peligrosos que legitiman la violencia contra los oprimidos, sin para ello enunciar nuestro propio discurso desde la posición del sujeto que maneja las únicas formas válidas posibles de razonar, entender el mundo y expresarse.

Por motivos similares, no puedo acompañar al autor en el uso que hace del término posmoderno. Aquí la posmodernidad, de la que nunca da una definición clara, la equipa-

⁵ Por ejemplo en Castro Sánchez, 2019: 134, es una de las varias ocasiones en que aparece.

ra con lo que antes comentaba: con todo aquello que el autor considera irracional, confuso, o con preferencia por lo simbólico frente a lo material (sea lo que sea que eso significa). Y a lo largo de las páginas del capítulo, la etiqueta de posmoderno en ese sentido de emocional-irracional se vierte sobre varios fenómenos políticos: el "postfranquismo" (Castro Sánchez, 2019: 137) de Vox, la izquierda del siglo XXI que no supedita el resto de luchas a las cuestiones de clase y el liberalismo individualista. O incluso la cultura y la academia de las últimas décadas en general. En definitiva, todo es posmoderno a excepción de la postura política que defiende el autor: la que pasa por recuperar "la tradición racionalista propia del socialismo y el anarquismo" (Castro Sánchez, 2019: 146). Y no deja de ser intrigante que a un libro que analiza las extremas derechas se le dé por conclusión un capítulo que destaca los supuestos parecidos fundamentales entre esos movimientos reaccionarios y el resto de formaciones actuales (izquierdistas, liberales, etc.) que no gustan al autor. Como si lo que un Vox o un Trump tienen de peligroso para la democracia fuera lo que (hipotéticamente) comparten, pongamos, con Podemos o con el feminismo contemporáneo, en lugar de con los peores monstruos del siglo XX europeo. Insisto, no obstante, a pesar de estos desacuerdos, en que es una obra que vale la pena leer, con apuntes valiosos en torno a la caracterización del fascismo.

4. Conclusiones

La conclusión que se extrae de la revisión de estas obras es que, mientras los estudiosos del fascismo de la escuela liberal-empática siguen demasiado presos de los límites de sus propios esquemas, los de herencia marxista están siendo capaces de producir análisis mucho más ricos y matizados, y por eso mismo más certeros⁶. De los tres libros vinculables a la escuela marxista que he revisado, emergen unas descripciones de fascismo, *neofascismo* y *postfascismo* de lo más útiles para pensar distintos proyectos políticos reaccionarios del presente y el pasado. En cambio desde las obras liberal-empáticas se sigue, ahora como hace décadas, fosilizando lo que el fascismo dijo que creía ser en el momento de su nacimiento, y se renuncia a usar ese término y todo lo que conlleva para pensar ningún proyecto político que no encaje en ese molde a la perfección. Nos negamos así de principio la posibilidad de identificar continuidades y proyecciones del fascismo en el presente, aun en la forma de proyectos políticos que no compartan la cosmovisión y/o la retórica hitleriana y mussoliniana al pie de la letra. De esa manera el estudio del fascismo se despolitiza, queda reducido a un pasatiempo para eruditos.

No me gustaría, sin embargo, terminar sin poner también aunque sea una nota crítica a los libros de herencia marxista analizados. Quiero, a ese fin, resaltar dos elementos, a

⁶ Esto no significa que no exista cierta voluntad de trascender esos límites por parte de algunos autores liberales empáticos: el propio Griffin, entre otros, ha hecho esfuerzos considerables por tender puentes y establecer diálogos fructíferos con los autores marxistas, así como por nutrirse de teorías y conceptos marxistas para sus propias teorizaciones (Griffin, 2008, 2012; Griffin, Roberts, 2012; Roberts, 2010, 2012). Pero eso no quita que, al final, su caracterización del fascismo sigue dentro de los límites ya expuestos más arriba, como ya he mostrado en relación a unos libros tan recientes como de 2018 y 2019.

mi juicio cruciales, que se echan en falta en sus planteamientos. Por un lado, está ausente la cuestión de la mirada prioritaria hacia el pasado o hacia el futuro. Esto es: el debate sobre si los fascistas reproducen alguna forma de la idea de progreso, marco cognitivo fundamental de la modernidad, o si por el contrario la rechazan por completo, como los conservadores originales y otros movimientos reaccionarios. Por lo general esos proyectos derechistas orientan sus esfuerzos a la paralización o reversión de (lo percibido como) el progreso social, o a la recuperación de algún pasado histórico idealizado. Pero parece innegable el hallazgo de estudiosos liberal-empáticos como Griffin o Gentile de que los fascismos, en cambio, en sus discursos políticos proponen la construcción de una sociedad y un Estado completamente nuevos, en un sentido casi utópico o revolucionario (Griffin y Roberts, 2012). Y en ese sentido, los fascistas no estarían proponiendo a la sociedad una ruptura con la lógica histórica progresiva de la modernidad, sino una forma distinta de entenderla y profundizarla. Y esto no es un debate nimio en torno a matices formales de la retórica fascista: la idea de que la sociedad siempre avanza (y siempre debe avanzar) linealmente hacia niveles mayores de progreso técnico, económico, científico y social, es un elemento central del sentido común propio de la modernidad, de la forma moderna de interpretar el mundo. Por eso, es importante tener en cuenta que el fascismo histórico no impugnaba, sino que se apropiaba de, esa idea de progreso resignificándola, para entender cómo esos fascistas lograron conectar con, y seducir a, buena parte de sus sociedades. Por eso, sería interesante dar un paso más en la complejización de los estudios marxistas del fascismo para intentar integrar también esa idea. Ya sea en relación a los fascismos históricos, o a los fascismos, neofascismos y postfascismos del presente⁷.

Por otra parte, la tendencia a pensar el fascismo como proyecto político no unívoco, multidimensional, con distintas lecturas incluso entre sus propios protagonistas, es bienvenida. Pero se echa de menos que los autores propongan algún elemento, moral y/o sociológico, que a su juicio sea su núcleo vertebrador, su razón de ser, la pieza clave en torno a la que se articulan todos esos sentidos tan diversos. Quiero decir, por ejemplo, sería absurdo negar la apabullante diversidad de proyectos y experiencias históricas que se han englobado bajo la etiqueta de socialismo. Pero parece que todos esos movimientos, tan distintos entre sí, estaban y están movidos por una particular forma de la idea ilustrada de progreso, vinculada a la consecución de la igualdad social, así como por la defensa de los intereses obreros y/o populares. Y parece también que, si eliminamos de la ecuación ese tándem de *igualdad-progreso* e *intereses populares*, la categoría socia-

7 De hecho, algunos como Saage (2012) o Yannielli (2012), o a su modo también Bloch (1991, citado en Griffin, Roberts, 2012), sí se han hecho eco, desde distintas posiciones marxistas, de la presencia de una cierta retórica revolucionaria y/o modernista en el fascismo. No obstante, sólo lo han hecho para acto seguido examinar las políticas de clase de los regímenes fascistas, constatar que se trata de políticas reaccionarias, y sentenciar por tanto que la supuesta revolución fascista era una falsa revolución. Quizá lo más fructífero aquí sería ir más allá del juicio sobre la autenticidad o falsedad de ese carácter progresivo del fascismo, y enfocarnos en examinar qué papel jugaron históricamente esos discursos del fascismo como progreso alternativo en el proceso de acumulación de fuerzas sociales y legitimación de los fascismos clásicos —o qué papel podrían estar jugando ahora en el ascenso de los (neo/post)fascismos del presente.

lismo se vacía, pierde todo significado identificable, y deja de ser útil para ordenar la realidad. La pregunta que lanzo, entonces, es: ¿qué elemento o elementos desempeñan ese rol vertebrador en el caso de los fascismos? Y la ausencia que noto en los estudios de herencia marxista que he revisado consiste en no ofrecer una respuesta a esa pregunta, aunque sea a modo de tentativa. La escuela liberal-empática no duda: ese rol vertebrador del fascismo lo tendría el nacionalismo totalitario y revolucionario. Pero considero que esa respuesta es insatisfactoria, por motivos que ya han sido sobradamente discutidos: desatención de aspectos vitales de la experiencia fascista, excesiva rigidez conceptual, despolitización de la labor investigadora. Con lo que harían bien los estudiosos de herencia marxista, o cualquiera que busque una comprensión holística de eso que llamamos fascismo, en buscar en otra parte ese núcleo normativo central. Intuyo que Antoni Domènech nos da una buena pista de hacia dónde mirar cuando explica la emergencia del fascismo italiano por la necesidad de “jerarquizar la vida civil y de redisciplinar la vida del *domus* y la vida política, la necesidad contrarrevolucionaria de descivilizar radicalmente la *loi politique* y la *loi de famille*, y aun el orden civil mismo” (Domènech, 2004: 272)⁸. Fascinación por la autoridad y la verticalidad, ética basada en la jerarquía *natural* entre seres humanos, alergia a las conquistas de la democracia, defensa de los intereses amenazados por el avance de los subalternos: por ahí creo que habrá que buscar el núcleo vertebrador, el motor sociológico-moral, de todos los fascismos.

5. Referencias bibliográficas

- Aragoneses, Alfons (2019). La construcción del enemigo como base del (neo)fascismo. En A. Guamán, A. Aragoneses y S. Martín (eds.), *Neofascismo. La bestia neoliberal* (pp. 121-136). Siglo XXI.
- Bloch, Ernst (1991). *The Heritage of our Time*. Polity
- Castro Sánchez, Álvaro (2019). *El fascismo y sus fantasmas*. La Linterna Sorda.
- Clavería Laguarda, Carlos (ed.). (2019). *Antonio Gramsci. El fascismo. La sombra negra de cien años de barbarie*. Altamarea.
- Domènech, Antoni (2004). *El eclipse de la fraternidad*. Crítica.
- Fariñas, María José (2019). Supremacismo y fascismo. En A. Guamán, A. Aragoneses y S. Martín (Eds.), *Neofascismo. La bestia neoliberal* (pp. 107-119). Siglo XXI.
- Fernández-Vázquez, Guillermo (2019a). *Qué hacer con la extrema derecha en Europa*. Lengua de Trapo.
- Fernández-Vázquez, Guillermo (2019b). ¿Fórmulas ganadoras en el discurso político de la extrema derecha? Un análisis del Frente Nacional de Marine Le Pen. En A. Guamán, A. Aragoneses y S. Martín (eds.), *Neofascismo. La bestia neoliberal* (pp. 229-242). Siglo XXI.
- Gentile, Emilio (2019). *Quién es fascista*. Alianza.

⁸ Ver Domènech: 362-367 para una caracterización del nazismo en términos similares.

- Gramsci, Antonio [1924] (2019a). La crisis de la clase media. En C. Clavería Laguarda (ed.), *Antonio Gramsci. El fascismo. La sombra negra de cien años de barbarie* (pp. 109-127). Altamarea.
- Gramsci, Antonio [1926] (2019b). El fascismo y la política. C. Clavería Laguarda (ed.), *Antonio Gramsci. El fascismo. La sombra negra de cien años de barbarie* (pp. 133-140). Altamarea.
- Griffin, Roger (2008). Exploding the Continuum of History: A Non-Marxist's Marxist Interpretation of Fascism's Revolutionary Dynamics. En R. Griffin (ed.) *A Fascist Century* (pp.46-68). Palgrave Macmillan.
- Griffin, Roger (2012). Football in no-man's-land? The prospects for a fruitful 'inter-camp' dialogue within fascist studies. *European Journal of Political Theory*, 11(4), 474-486. <https://doi.org/10.1177%2F1474885112448882>
- Griffin, Roger (2019). *Fascismo*. Alianza.
- Griffin, Roger y David D. Roberts (2012). Overtures of reconciliation in a forgotten conflicto. *European Journal of Political Theory*, 11(4), 354-361. <https://doi.org/10.1177%2F1474885112448889>
- Guamán, Adoración; Alfons Aragoneses y Sebastián Martín (2019). Introducción. En A. Guamán, A. Aragoneses y S. Martín (eds.), *Neofascismo. La bestia neoliberal* (pp. 11-17). Siglo XXI.
- Mosse, George (1999). *The Fascist Revolution: Toward a General Theory of Fascism*. Howard Fertig.
- Polo Blanco, Jorge (2019). ¿Fue el fascismo una reacción anticapitalista? En A. Guamán, A. Aragoneses y S. Martín (eds.), *Neofascismo. La bestia neoliberal* (pp. 39-60). Siglo XXI.
- Ramas San Miguel, Clara (2019). Social-identitarios y neoliberales autoritarios: dos corrientes en la nueva Internacional Reaccionaria. En A. Guamán, A. Aragoneses y S. Martín (eds.), *Neofascismo. La bestia neoliberal* (pp. 73-88). Siglo XXI.
- Roberts, David D. (2010). Fascism, Marxism, and the Question of Modern Revolution. *European Journal of Political Theory*, 9(2), 183-201. <https://doi.org/10.1177%2F1474885109355889>
- Roberts, David D. (2012). Questioning the modern and revolutionary credentials of European fascism. *European Journal of Political Theory*, 11(4), 459-473. <https://doi.org/10.1177%2F1474885112448888>
- Saage, Richard (2012). Fascism – revolutionary departure to an alternative modernity? A response to Roger Griffin's 'Exploding the Continuum of History'. *European Journal of Political Theory*, 11(4), 426-437. <https://doi.org/10.1177%2F1474885112448883>
- Traverso, Enzo (2019). *The New Faces of Fascism*. Verso.
- Yannielli, Joseph L. (2012). The nationalist international: Or what American history can teach us about the fascist revolution. *European Journal of Political Theory*, 11(4), 438-458. <https://doi.org/10.1177%2F1474885112448885>